

## **El compromiso**

Puede decirse que el general Menéndez no demoró demasiado tiempo en tomar la decisión. Sospechaba que su idea provenía desde las lindes de la historia, como un designio de prosapia y estirpe. En las noches previas de aquel septiembre de 1951, cuando el insomnio y el delirio lo cubrían, solía imaginar su rostro en un futuro de mármol y flores. Mientras revolvía el hielo del “Bourbon” con su índice derecho, repasaba el plan en voz baja: asesinar a Perón, poner fin a esa turba grotesca y gris llamada peronismo...

Para tal fin, debía actuar con celeridad y precisión relojera, descartar cualquier improvisación, mover las tropas como piezas de ajedrez, aprovechar el factor sorpresa. Nada podría fallar. El pueblo –pensaba- terminaría aceptando la razón de las armas y lo acompañarían mansos, como ovejas a su rebaño. Al cabo, venía a salvar a la Patria, a terminar la tarea inconclusa que Uriburu inició 21 años atrás.

El día había amanecido fresco, la primavera demoraba aún los primeros ardores y algunas nubes oscuras anticipaban lo que vendría. Al fin, todo salió como lo planeado, el ejército y la marina se disciplinaron rápidamente. La aeronáutica, a su vez, preparaba los “Gloster” en Punta Indio para “barrer” los posibles focos rebeldes que nunca llegaron. Al momento de la toma, sólo un escuadrón de Granaderos a Caballo presentaron cierta resistencia.

Cuando Menéndez subió por las escalinatas de la casa Rosada, todo parecía estar en orden. Presuroso, se dirigió hasta la oficina donde se encontraba Perón que lo aguardaba vestido de gala, el pelo engominado y la mirada pétrea. No hubo diálogo. Perón

intento esgrimir alguna razón, pero el militar rebelde lo interrumpió con un balazo certero de su 11.25 que estalló en la cabeza del general. Trozos de sesos completaron el escritorio.

Durante los próximos días que siguieron a la asonada, las ejecuciones y los juicios sumarios se sucedieron. Uno tras otro los principales dirigentes peronistas iban cayendo. Mercante y Espejo fueron fusilados apenas capturados y sus cuerpos exhibidos en la Recolecta, justo enfrente de La Biela. El diario La Prensa tituló: *Triunfó la Patria, que truene el escarnio!!!* Hubo fiesta y agasajos en Palermo Chico, botellas vacías de “Don Perignon” adornaban las esquinas porteñas. La aristocracia vernácula sentía haber recuperado finalmente su “belle Epoqué”. Sin embargo, en medio del desborde de lujuria, alcohol y frenesí, algo comenzaba a funcionar mal...

Con la ayuda de algunas enfermeras y simpatizantes del régimen saliente, Eva Duarte logró sortear el cerco que le imponía su enfermedad. -No importa, exclamo el Capitán Alsogaray, el cáncer hará lo que nosotros no pudimos... Otros dirigentes también lograron escapar y eludir la purga. En el conurbano fabril, pasado el estupor inicial, los compañeros de base comenzaban a reunirse. Decenas de jabonerías replicaban aquella de Mayo. Las Sociedades de Fomento, las Iglesias de barrio y hasta las comisarias se transformaron en Unidades Básicas, en comandos revolucionarios. La Patria grande soñada por San Martín, comenzaba a sublevarse...

Para mediados de Octubre se emprendió la marcha emancipadora a la Capital, bastión principal del Unitarismo. Las columnas más nutridas provenían del Sur y el Oeste del conurbano, miles de trabajadores, hombres y mujeres de rostros cobrizos, de piel curtida por el frío y manos roídas por el trabajo, constituían

una marabunta humana, con la firme convicción de reescribir la historia. Lo más difícil fue sortear el Riachuelo. Como medida defensiva contra las hordas peronistas, los Maturrangos ordenaron bombardear los puentes, pero se improvisaron lanchones o simplemente se logró cruzar chapoteando barro. Los prosélitos del monstruo temido por las “señoras bien” se corporizaba. Era notable observar como los sentimientos y las miradas en aquel paisaje se contraponían. En medio de la marcha, un padre alcanzó a alzar a un niño sobre sus hombros para mostrarle el espectáculo, -Mira Juan, es el peronismo...

Mientras tanto, en el Comando Superior en la Clandestinidad, los presentes discutían con ardor los pasos a seguir. Las voces predominantes eran las de Cooke y Valle. El ex secretario de prensa Apold intentó esgrimir alguna diferencia, pero el “gordo” soltó el cigarrillo por un instante y le partió la cara de un culatazo. Finalmente fue Eva, que con voz suave y apolínea firmeza, sintetizó la estrategia final en una sola frase que no dejó margen a la menor duda: “hay que hacerlos mierda...”

Las columnas obreras avanzaron sobre Flores, luego Caballito. La Pueblada fue tan impactante que muchos regimientos hasta entonces dubitativos o bien rebeldes, decidieron engrosar las filas del improvisado ejército popular. Los combates se replicaban por doquier, cada avance representaba liberar una plaza, una calle, acaso una esquina. Codo a codo todo el peronismo se materializaba en uno solo, los trabajadores de los frigoríficos y los pibes de la UES eran los más arrojados, si alguno caía otro tomaba el arma y seguía. Se improvisaban hospitales de campaña en las bocas del subterráneo. Pronto, una duda se clavó como una daga en la cabeza de los conspiradores: podían perder...

Con el avance irremediable de las columnas populares, algo asombroso ocurría en el interior de aquella sociedad porteña. Ese segmento oscuro, vagamente delimitado, esa carroña apática y desapasionada llamada “clase media”, comenzaba a desaparecer, a sumergirse en su propia miseria.

Para la noche del 16 de octubre, la avalancha ya cercaba ese límite nihilista que imponía la Avenida Callao. La sempiterna masa humana tomaba todo a su paso. Todo vestigio del Unitarismo era minuciosamente destruido, los espacios públicos recuperados eran rebautizados al momento en que eran tomados. Algunos obreros aprovecharon para conseguir una foto en la intersección de las novísimas avenidas Peñaloza y Amaru. Todo a su paso era arrebatado. Viejas oligarcas eran cogidas en las esquinas. Se incendia La Rural...

Pasadas las 23 horas el Comando Central peronista se apresta a tomar la Rosada. Menéndez, cercado por la eminente derrota, envía un emisario para pactar la rendición. Pero ya es tarde, no hay tiempo para la moral del amo y el esclavo, no hay lugar para la súplica o el perdón, tampoco para el odio ni el olvido. Solo existe el compromiso.

Ya está amaneciendo en la ciudad, como en un poema de Virgilio, por primera vez amanece en Buenos Aires. Menéndez y sus secuaces son puestos en fila contra un paredón de la calle Reconquista. Valle, ungido en General, toma su Parabellum y va descargando -un balazo a la vez- en la sien de los conspiradores. Los cartuchos vacíos estrellan contra el suelo, sonando como campanas que anuncian un nuevo tiempo.

Exhausta y agónica, Eva se sienta en uno de los pocos bancos que han quedado en la Plaza de la Victoria. A su alrededor los festejos se multiplican. Mientras aguarda el suspiro final, serena, comienza a recitar en voz baja un viejo poema Celta que su madre le repetía de niña:

*“Fértil es la montaña colmada de fruta,  
fruta esparcida por el bosque de lluvias,  
de lluvia es el río de cascadas,  
cascadas junto al lago de profundo lecho,  
hondo es el pozo de la cumbre,  
una hondonada de Tribus es la asamblea...”*

*FIN*

*Sergio D. Attardo*